

Quería empezar diciendo que Manuel Calvo Hernando es un maestro. No digo nada nuevo ni nada que no se haya repetido muchas otras veces, siendo además ciertísimo. Es uno de mis maestros, y me siento orgulloso de poderlo decir públicamente. Como los verdaderos maestros —es decir, los únicos— Manuel transmite los cómo, los porqués, la razón y la ética que subyace a todo esto que llamamos periodismo o comunicación de la ciencia. Lo tuve claro desde el primer momento en que le conocí en persona, años después de leerle asiduamente y de haber cruzado cartas y llamadas de teléfono, en Valencia, en aquel V Congreso Iberoamericano de Periodismo Científico, en noviembre de 1990, congreso en el que caí sin saber muy bien por qué, invitado por Manuel, para hablar de escepticismo... Esos días pude disfrutar con él, de sus anécdotas, sorprenderme de cómo reconocía a cada una de las personas que estábamos por allí —y éramos cientos—, pudiendo además siempre recordar algo que hubieran publicado, un tema sobre el que habían escrito o hablado... Varias veces me sobrecogió, citando alguna cosa que me había leído u oído en la radio: sabía más de mi currículo que yo mismo. Y eso lo hizo terriblemente cercano. Una cercanía que, además, como sucede con quienes se dedican a trabajar en el mundo de la comunica-

ción yo, como lector suyo, ya había adquirido. Lo sorprendente era que esa relación era de doble sentido, tan cercana.

Y es que Manuel siempre ha estado cerca de todos, y mi experiencia es también similar a la de muchos otros de los que escriben por aquí. El mundo de la comunicación de la ciencia es lo bastante pequeño para que, de un congreso a otro, de un curso a otra conferencia, nos encontremos una y otra vez. Y Manuel siempre con noticias interesantes, con un nuevo proyecto. Infatigable, este hombre nos deja a todos siempre atrás. Y en una celebración como la que ahora realizamos, hay que reconocer esa tenacidad. Cualquiera podría haber decidido que tanto trabajo bien podrían cargárselo otras espaldas, o quedarse descansando merecidamente y vivir de rentas. Pero no: una y otra vez Manuel te llama o te manda una carta y te involucra —y tú encantado, claro, todo un honor...— en algo interesantísimo. Ahora, que ando dirigiendo una colección de libros críticos sobre las supercherías y la seudociencia (usaré la versión sin “p” porque él siempre lo ha hecho así), me he encontrado de nuevo con su ofrecimiento para trabajar. Y espero que dentro de poco ese libro, *Las falsas ciencias, ¡vaya timo!*, pueda ver la luz en la editorial Laetoli.

Lo que me lleva a uno de los planteamientos que más me provocaban de Manuel Calvo Hernando, cuando le leía en aquellos ya desaparecidos suplementos de ciencia en los periódicos, y que me ha seguido inspirando desde entonces: su beligerancia a la vez a favor de la ciencia y en contra de la pseudociencia. Como pocos, Manuel ha sido de los que siempre han mantenido ese pensamiento crítico, y afirmando una y mil veces que la lucha contra la superchería y el engaño era parte, y parte importante, del trabajo del periodista científico. Explicando además, como lo han hecho los grandes divulgadores de la ciencia ingleses y estadounidenses, la necesidad de posicionarse activamente en esa lucha, la fragilidad que tiene una época en que la ciencia y la tecnología son los motores de un progreso que nos humaniza a todos si permitimos que las amenazas paseen con impunidad, simplemente porque a muchos les parecen temas menores, o incluso ridículos.

Manuel ha estado así, siempre, ayudándonos a la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico desde sus comienzos como Alternativa Racional a las Pseudociencias. Con artículos, con ideas, dando a conocer nuestras acciones y publicaciones. Si en esta obra celebramos la labor de periodista científico de Manuel Calvo Hernando, no es menos necesario celebrar el que en España tengamos un igualmente importante comunicador del escepticismo. Él ha sido el primero, a veces el único, en exponer razonadamente engaños que, habitualmente, llegan a los medios de comunicación como si fueran algo serio y respetable.

Y, lo mejor de todo, lo más importante, lo que resulta ya sobresaliente, es que nunca haya cejado en el empeño. Y ahí, una vez más, sigo con mi maestro.

Javier Armentia

(Planetario de Pamplona, ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico)

FINAL DE TRAYECTO, CALVO HERNANDO EN MI MEMORIA

Eran los años sesenta. España empezaba a salir de una pobreza histórica. En el 68, sucedió el Mayo francés, que conmocionó a Europa. Y la vida siguió, “sin hacer ruido”, como en la canción francesa.

Conocí en aquellos años a Calvo Hernando. Fue profesor mío de periodismo en aquella escuela, creada a la sombra del cardenal Herrera Oria y que dirigía Nicolás González Ruiz. Recuerdo a Calvo Hernando trabajando, por la mañana, en el Instituto de Cultura Hispánica, como jefe de prensa. Le recuerdo como subdirector del *Ya*, aquel *Ya* dirigido por Aquilino Morcillo. Era la época de los dos empleos, necesarios para mantener una familia. Recuerdo los artículos de Calvo Hernando, la mayor parte de ellos sobre temas de divulgación científica. Ha sido, sin duda, el primer periodista español en esta especialidad. Recuerdo que me contó un día que la afición por la información y la divulgación de la ciencia, le vino cuando el periódico le mandó, como enviado especial, a Bruselas, a la inauguración de la célebre exposición “Átomos para la Paz”. Las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki habían producido en la humanidad una ola de terror. Era imprescindible demostrar que la energía nuclear podía tener también efectos pacíficos.

Calvo Hernando quedó abrumado por la cantidad de información, que produjo la exposición. Y comprendió que la ciencia, además de su importancia militar, política o económica, era una fuente de información prácticamente inagotable. Y decidió especializarse en la misma. Recuerdo a Calvo Hernando como director de Televisión Española. Le recuerdo, cuando le ofrecieron la agregaduría de prensa en la embajada de España en Buenos Aires, que no aceptó. Recuerdo sus viajes a Hispanoamérica, en donde es secretario perpetuo de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico. Recuerdo sus publicaciones, la mayoría relacionadas con la ciencia, y algunas al margen de esta preocupación, como *Reportaje a Filipinas*. Le recuerdo como profesor extraordinario en la Universidad San Pablo-CEU. Recuerdo su familia, su infatigable esposa, y aquella hija, ya fallecida, tan cariñosa, que cuando le llamaba por teléfono, gritaba “te llama Arruti”.

Y todo esto fue ayer. “El mundo de ayer”, que diría Stefan Zweig. Pero, como en el verso de Neruda, “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”.

Alberto M. Arruti

(Universidad San Pablo-CEU)

Manuel Calvo Hernando, escritor y periodista que sabe llevar al periodismo el valor de lo literario y a la literatura la oportunidad del periodismo, ha publicado un nuevo libro: *Periodismo científico*.

Esa denominación es un tanto anfibológica o ambigua, porque puede pensarse que se trata de una expresión científica del periodismo, cuando a lo que se refiere es al uso del periodismo para la divulgación científica. Este uso constituye desde el siglo pasado, pero marcadamente en nuestros días, una de las aplicaciones más importantes y útiles del periodismo. Es un servicio a la cultura que tiene una gran tradición en la prensa española, pues nada menos que todo un premio Nobel, don José Echegaray, conquistó enorme popularidad en su tiempo por sus admirables trabajos periódicos de divulgación científica.

En nuestros días, Manuel Calvo Hernando, desde 1955 sin interrupción, se ha dedicado al seguimiento periodístico del mundo científico, y a su posterior divulgación, con el énfasis, como es lógico, en los espectaculares avances de la ciencia del espacio y del mundo atómico. Las divulgaciones de Calvo Hernando llenan a la perfección el requisito de toda divulgación adecuada, que es vulgarizar sin avulgarar, traducir a lenguaje inteligible para el lector promedio el lenguaje de la ciencia,

sin traicionar a éste y sin dejar *in albis* al lector.

Esa dedicación seria y responsable de Calvo Hernando ha recibido ya el reconocimiento de cuantos en el orbe hispanohablante, o hispanoleyente cabría decir, se interesan por la divulgación periodística de lo científico. En consecuencia se le designó secretario general de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico en el congreso celebrado en 1969 en Medellín (Colombia). El último Congreso Internacional de Periodismo Científico se ha celebrado en Madrid entre el 21 y el 26 del mes pasado.

Toda esa trayectoria de Calvo Hernando queda como condensada y materializada en el libro *Periodismo científico*, que le ha publicado la Editorial Paraninfo en su colección de textos sobre periodismo. La erudición de que da muestras a lo largo de las 330 páginas del libro es realmente exhaustiva, y cubre todos los temas y autores que hoy se relacionan con este interés mundial por saber qué es lo que está pasando en el mundo de la ciencia y sobre todo, cuáles son las anticipaciones, ya científicas ya novelísticas, a las que puede dar crédito el hombre.

El libro de Calvo Hernando contiene XX capítulos, donde se analiza la labor del periodismo científico en cada uno de los sectores

de la técnica periodística: fotografía, reportaje, entrevista, artículo, redacción, información, etc., de modo que en la práctica este libro es, además, un manual para la formación de periodistas especializados en la divulgación científica. A ésta concretamente se le dedican varios capítulos. Tiene particular importancia, a nuestro juicio, el alcance que cobra en la explicación de Calvo Hernando el concepto de “periodismo científico”.

Demuestra que tiene un rango extraordinario en la historia de la cultura, y prueba de ello es la inclusión de nombres como los de Marcelino Menéndez y Pelayo, Forner, Carracido y Echegaray en España, y los de Manuel del Socorro Rodríguez, Eugenio Javier de Santa Cruz Espejo y Francisco José de Caldas en Hispanoamérica.

Hay que subrayar el nivel literario de este libro, no sólo por el estilo claro y aménísimo en que está redactado, sino por la abundancia de textos literarios de máxima

jerarquía en los que Calvo Hernando apoya la filosofía de cada uno de los capítulos. Pensamientos de Ortega y Gasset, de Nietzsche, de Pedro Salinas, de Bertrand Russell, de Borges, Oppenheimer y muchos otros, guían al lector sobre la intención del autor. No hay que decir que la bibliografía con que acompaña Calvo Hernando cada capítulo, y aun cada página del texto, es impresionante. Una magnífica carta de Pedro Laín Entralgo, ensayista magistral y catedrático de Historia de la Medicina, sirve de prólogo insuperable a este último libro de Manuel Calvo Hernando, un hombre que sabe de lo que habla, sabe cómo decir lo que sabe, y tiene pasión por comunicar a los demás, por compartir con el prójimo, el incesante manantial de noticias que es el mundo de la ciencia.

Gastón Baquero

(Poeta cubano, 1916-1997)

LA INERCIA EN MOVIMIENTO ESPIRAL ASCENDENTE

(Canto aventurado para intentar el estado temporal de reposo en la incesante labor de Manolo Calvo Hernando)

El investigador se expone de continuo a los tropiezos y al hallazgo, pero en cualquier caso ambos conducen a la verdad con todas sus consecuencias. Si se es buen sabueso no se deja por olfatear nombre alguno. Así me ocurrió con Manuel Calvo Hernando. Me encontré con él por primera vez en las páginas del diario *Ya* y en la revista *Mundo Hispánico*. Ambas publicaciones sepultadas por la avalancha de la “modernidad”. Justo lo que promovía y aún promueve Calvo Hernando desde sus escritos. El que bien informa nunca parece porque ahí quedamos las cepas, y no los ceporros, bien hundidas en el subsuelo para rebrotar cuando la ciencia se pone tozuda y se convierte en explosivo fertilizante.

Prolijo, versátil y pertinazmente oportuno el señor Calvo Hernando, que para nada comulga con las cabezas rapadas, más bien es hirsuto el asentado y sesudo pensamiento de este informador del progreso desmarcado por completo de la progresía que me llamó tanto la atención sobre sí sin proponérselo, que me obligó voluntariamente a detener mi avidez y curiosidad sobre su persona. Con timorato descaro avalado por la desenvoltura del inhibido preguntón fui, como siempre, a indagar en el manantial informativo de Gastón Baquero —mi paisano, maestro y amigo fiel—. Se echó las manos a la cabeza el sabio

cubano y dibujó una sonrisa de paz y armonía, de satisfactoria aprobación. No hacía falta seguir hurgando. La gesticulación era hartamente elocuente. Valía la pena seguir la pista de Manolo Calvo Hernando hasta darle alcance y añadirlo al acervo de los guías espirituales e intelectuales. Nunca de los sochantres destinados a corear en las capillas como oficiante de honor ni de los capellanes de ejércitos de mediocres que marean con su opulenta desdicha tan arraigada en el sonsonete de gente sin clan, sin familia y sin integración a formación alguna que la formalidad no requiere de claqué. Esos marginados agrupados y asociados que se marchitan cuando les falta la inyección del sobre con el cheque que al otro le sobra. Calvo Hernando nunca ha sido, no es hombre de desperdicios, de bordes ni de orillas. Le va el plato principal que decodifica entre el científico y el lector medio.

Manuel es ecuménico en lo científico y humanista en lo religioso. Constructor de puentes sobre el Atlántico para avvicinar lo que otros condenan a la distancia. El trazado de una elipsis me llevó hasta su persona cuando mi profesora predilecta en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, donde hice mi doctorado, doña María Dolores de Asís Garrote, me recomendará contactar a José María García Escudero

para conocer los secretos de *Ya*. Hombre honesto, García Escudero me conecta con Alejandro Fernández Pombo, a quien he dado en llamar San Pedro por su bondad y por tener la llave maestra que abre toda puerta que se precie de hermética por esconder tesoros. De Fernández Pombo a Calvo Hernando apenas hay que cruzar la calle, el resto se sobreentiende. Sería injusto dejar fuera a quien fuera sin redundancia ni petulancia un amigo sincero mío y de José María Chacón y Calvo, hablo de José Luis Castillo Puche, otro amado colega colegiado en el barrio. En esa entrañable ciudad de los periodistas en una esquina de Ginzo de Limia en el otoño de 1996 reuní en mi coche a Manuel Calvo Hernando y a Alejandro Fernández Pombo –pena no haber traído los apuntes con la fecha y hora exactas–, y partimos hacia Alcobendas por detrás de la última redacción de *Ya* a visitar a Gastón Baquero en su residencia de la tercera edad donde presidía todo tipo de desencuentros por insidia de los grupúsculos. En nuestro caso la asociación respondía a la cohesión por amistad, a la unidad por la comunión de intereses espirituales, a la armonía por el saber puro y sin la contaminación contagiosa de la abyecta mezquindad que reúne y acopla cofrades. Allí no hubo interferencias posibles ni discrepancias ocultadas porque las características de los presentes apuntaban a las coincidencias de las buenas intenciones, esas que se apoyan en la bondad honesta y diáfana de todo amigo. Bonhomía le gustaba recalcar a Baquero. Hombres de bien diría yo.

Aquella tarde iluminada por el esplendor de la fidelidad a las cualidades y el rigor por el prestigio se mencionaron muchos nombres. Retengo el de Agustín de Foxá, Rafael Marquina, Eugenio D'Ors, el beato Antonio María Claret y otros hombres y mujeres de diversos entornos y menesteres, pero nunca de menesterosos. No tenían lugar en aquella plácida reunión.

Enterrado Baquero huí del hambre a Estados Unidos. Aquella falta de libertad me asfixió y volví a Madrid. Antes muerto que prisionero de la falacia y el dolo. La imposibilidad de ganarme el pan no me alejó de mis amigos ni aun cuando me exilié definitivamente en 2001 en el Reino Unido para conjurar la inanición. A partir de entonces mi amistad con Manolo Calvo Hernando se transformó en familiaridad hasta incorporarme de algún modo al seno de su familia. Vengo al menos unas seis veces al año a Madrid y en ningún viaje falta la cita en y con el hogar de los Calvo Roy. Es imposible, es injusto, es intolerable –a mi modo de ver– dejar fuera de todo homenaje a Manolo Calvo su alianza en matrimonio y su casamiento con el éxito a través de su mujer Josefa Roy, arquitecta del triunfo de Manolo y edificadora permanente del logro menos conocido del hombre del periodismo científico: la familia.

Sagrada la familia de los Calvo Roy por sus virtudes que he catado sentado a su mesa y saboreado en los libros de Manolo cuando evoca en dedicatorias e introducciones. La ocasión la pintan calva para que la mujer de Manolo Calvo sea reconocida en

este homenaje como la repobladora de los nexos faltantes con las aburridas, antipáticas reuniones sociales en las que Josefa Roy –encarnada fidelidad– hacía de embajadora mientras el marido despachaba libros y artículos encerrado en el despacho. Cuando Manolo hacía las américas por razones de trabajo en prolongadas estancias, Josefa permanecía estancada noblemente sacrificando su altísimo potencial intelectual y humano al cuidado del rebaño que me consta nunca se ha limitado a la prole.

No cabe hoy ensalzar, ensartar los éxitos de Manolo Calvo Hernando como profesor, periodista, investigador o escritor que incluso inspirase con sus definiciones a José García Nieto, otro amigo de Gastón Baquero y mío, a componer sonetos en torno al periodismo y la información.

Nuestro Pájaro del Alba siempre respaldado, cuando no escoltado por su Alondra del Amanecer, ha compuesto la más hermosa de las sinfonías para ser ejecutada en los recintos del ámbito familiar. Gracias a Manuel Calvo Hernando y Josefa Roy por todo lo que nos han dado y que esperamos nos sigan legando. Yo prefiero quedarme en compañía de esta peculiar pareja y dejar a Gastón Baquero que repita aquello que escribiera para *Mundo Hispánico* en abril de 1977 y que yo he recuperado del olvido para regocijarnos a través de él en los merecidos faustos y elogios a mi querido Manolo Calvo con su recurrente empeño de mentor con la maestría del pedagogo y el amor del padre.

Alberto Díaz-Díaz
(Periodista)